

El doze, el Cabo de la expedicion con la noticia de haver mucha gente, segun los indicios del rastro, en compañía de un Soldado, y de algunos de à pié, fué en derechura al lugar, en que el dia antes se havia visto el humo: dió con la Rancheria; mas solo halló à las mugeres, niños, y viejos; y aunque al vér nuestra gente, se pusieron luego en fuga, sin embargo se cogieron. Se procuró soffegarles, y quitarles el miedo: dexaron intactas todas sus cosas, y las armas de los hombres, que sin ellas se havian ido à la playa, para que echassen de vér, que no fué gente enemiga, la que llegó à su Rancheria: dexóseles tambien recado; pero no le entendieron. Ya mui noche bolvió el Cabo con su comitiva, trahiendo un hombre robusto, mas algo dañado en los ojos: se procuró agafajar el huesped; con todo, parte por el susto de mirarse entre gente nunca vista, parte por la diversidad del idioma no se pudo facar ningun informe.

El dia treze para facilitar à los enfermos la jornada, se determinó salir mui tarde. Casi todo el camino fueron continuadas lomas. El catorze llegamos al parage registrado antes, y paramos en una loma, en frente de la Rancheria: tiene en su ladera algunos pozitos escarvados de agua salobre, y al pié el arroyo grande: al otro lado hai otros pequeños, en que se halla mas, y mejor agua: à esta se conducian las cavallerias, proveyendose tambien la mayor parte de la gente. Los moradores, ya havian desamparado su Rancheria, y desviandose por rumbos mui quebrados, mui con tiempo trasladaron, ò escondieron todo su ajuar con los Idolos, que suelen tener en una casa, ò ramada apartada de su Poblacion; y fué de suerte, que quedava como solitaria. Forjan sus Idolos estos miserables infelizes Barbaros de qualesquiera hiervas, y les afianzan con palitos: en su cara (diré mejor) en lugar de la que havian de tener, se vé una

una toquilla, ò birrete, que ellos hazen de plumas negras, entretexidas en los nudos de una redecilla à modo de las pelucas, y es entre sus obras la mas curiosa: las orejas en algunos son de palo: por hombros les ponen una tablilla à cada lado, larga cerca de un gеме, delgada, y pintada; mas de manera, que admiramos vér alli la Santa Cruz: les sirve de corona un plumage compuesto de varias plumas: del cuello sobre el pecho les cuelgan muchas firtas de conchitas, caracolitos, frutillas silvestres, y de plumas de varios colores, en que consiste la mayor parte del adorno, y en su barbara ciega opinion toda la riqueza: algunos tienen un pedazo casi de media vara de largo, de ancho una quarta, ò una tercia de un tejido burdo de pita de Mescales, y matizado toscamente con colores de tierra: cuelgan como capote, ò manto Real de la fingida loca Divinidad unas madejitas de cabellos abotonados en la parte superior, y enfiatados. Todo este atavío suelen tenerle en unos cestillos de juncos no tejidos, sino de trecho en trecho amarrados de modo, que quando les abren, todo se tiende como una esfera. En unas Rancherias cada casado tiene su adorno de su Idolo; en otras no mas algunos, pero el Principal, ò Capitanejo siempre le tiene. Quando se juntan muchas Poblaciones, para celebrar algun convite, cada una viene cargada con el cestillo de su Idolo: delante de cada uno clavan su tabla mas ancha, ò mas estrecha, ò larga, ò corta segun fuere la madera, que tuvieren. Los vezinos al Oceano tienen las tablas mas anchas; porque se valen de unos pinos, que hallan en la playa. Estas tablas son à su barbaridad de mucho aprecio, tal vez porque les cuestan mucho tiempo, y mas trabajo, que se puede inferir facilmente con saber, que sin mas hierro, que unas piedras, ò pedernales afilados, han de desbaltar el palo, labrarle, y pulirle, hasta llegar à lo delgado de una tabla. Todo este ajuar, quando

se bautizan, le entregan al Padre. Algunos de los Nuestrros registraron todos los contornos, en que antes los Gentiles estuvieron, mas no hallaron sino dos, ò tres, que por mas, que les siguieron, no pudieron alcanzarles: con esta noticia se despachó el que se havia cogido de esta Rancheria, para que les notificasse el trato, que le hizimos. Con nuestra agradable comunicacion se le havia quitado ya el miedo; empezó à entender à los que mas havia tratado; y fué entendido en la mayor parte: dió algun informe de la tierra, y de la Nao de China, que cruzava por alli algunos años: aseguró, que el Principal de la Rancheria havia de venir, y que nunca se dexó persuadir de los que le aconsejavan, que nos mostrara alguna señal de enemistad. Los enfermos se agravaron, y cayeron otros de nuevo: con esta tan sensible novedad se nos quitaron las esperanzas de continuar la jornada. Por la tarde se enviaron algunos al Oceano, para explorar la playa, y sus contornos: hallaronla abundante de buenos mariscos, aviandose todos con copiosa provision de conchas.

El día quinze por ser ya muchos los enfermos, y algunos tan agravados, que no se podian despachar, por ser tierra de mucho riesgo, y mucho menos dexarles hasta la buelta, determinamos retirarnos; y para que se aviasen todos de marisma, se despachó la mayor parte de la gente à la playa. Entre las diez, y onze se acercó un Gentil, corriendo con su arco pintado de blanco, y prieto, con sus flechas en una mano, y en la otra con dos Mescales: la cara embijada: en la cabeza un plumage, y unas gotas de sangre sobre el pecho: señal de valor, y magnanimidad. Salió uno à encontrarle; recibió los Mescales, y le conduxo, hasta ponerle en mi presencia: entonces entregó sus armas, y sus plumas, declarando, que venia de amistad, y que se havia enojado mucho con los suyos, porque no le havian dado el recado, que havian dexado

los.

los Nuestrros, quando estuvieron en su Rancheria; y que ahora lo acabava de saber de su Suegro, que era el que tuvimos cogido, y el día antecedente se havia enviado à los suyos: nos convidó à su Pueblo, para regalarnos. Se huviera recibido de buena gana el convite, porque nos huviera servido, para proseguir el viaje, dandonos algun informe, y guias: sin comunicarle la causa de los enfermos, que nos detenian, se le respondió, que bien podian venir seguros, confiantoles ya por experiencia de que nuestro trato no era de gente enemiga: se le correspondió con otro arco, y flechas segun la costumbre del País, que es señal de amigable paz. Despues de haverle recibido, para mostrar el aprecio del regalo, le aplicó à la boca; mas en lugar de darle el beso, que no es conocido en la California, dió una chupadita, como quien huele una flor, ò toma algun polvo; y entendiendo, que no queriamos todavia salir de aquel parage, preguntó, si le permitiamos, que viniessse con su gente embijada? A que se le respondió, que si venian con sus mugeres, y con sus hijos, que serian bien recibidos. La causa de la condicion añadida fué, para que en caso, que con ardid, y dolo quisieran hazernos algun daño, se abstuviesen de ejecutarlo, para no experimentar alguna represalla en sus familias; y para que en caso, que viniessen, en breve se despachassen dos hombres ligeros à la gente, que casi toda havia ido à la playa, para que bolviessse: yo tenia determinado ir à registrar el sitio, y lo huve de omitir. Esta tarde no se vió Gentil alguno, excepto un viejo, que estava escondido en un matorral espinoso, que fué menester desmontarle, para poderle facar, y nos admiró, como siendo ciego, pudiesse meterse en aquel rustico barbaro escondrijo.

A diez, y seis à media mañana llegó un Gentil todo tiznado, y empolvado con la margajita, trahia una bolsa à modo de una bola mui grande, y es

Fff 2

su

su genero de costales, en que guardan sus semillas, y las entierran: à modo de faxa se ceñia con un manojo de pita torcida: de la cabeza le colgava un ovillo de cordel: y aunque llevava su arco, en lugar de flecha se servia de un carrizo, con que hazia mil ademanes, y con el cuerpo unas posturas barbaramente ridiculas, hasta que llegó conducido à mi presencia, en donde luego depuso todo lo que trahia, diziendo, que con la noticia de nuestra llegada espantada toda la gente se havia desparramado; mas que aunque los suyos se lo disuadian, venia de su voluntad à entregarse, y que si le soltavamos, viviria con su familia en estas cercanias, que eran su nativo terreno. Se le respondió, que no solo él, sino todos los demás podian vivir sin rezelo en sus tierras, bien seguros de que no veniamos à quitarselas. Segun el uso de aquel País se le correspondió con otro regalo. Apenas este se havia ido, quando en las lomas se vió bastante gente, que de una en otra corrian, y à carrera llegaron de quatro, y de seis en varios trozos con Mescales, tablas, plumas, y sus armas, que se les cambiaron. Eran los primeros de la Rancheria, cuyas tierras haviamos transitado, sin vér sus moradores; porque todos los mas se havian congregado aqui, ò para embarazarnos el passo, ò para refugiarse. Mas con vér, que no mostravamos flaqueza, no se atrevieron à executar la hostilidad, que tenian tan premeditada, que segun ya insinuamos nos havian puesto à vista cierta señal de declararnos guerra: tampoco podian ya alejarse mas de sus tierras sin riesgo manifesto: esto asimismo les obligó à que vinieran à mostrarse amigos. El Principal de esta Rancheria como conductor venia, y bolvia con ellos: al medio dia le hize detener, dandole de comer, para corresponder à los repetidos convites, que nos hizo: con esta ocasion se averiguò, que en tres jornadas no haviamos de hallar mas agua, que de pozos escarvados,

y fin pasto; que en adelante havia una Rancheria mui crecida; y que en el Norte andavan vestidos como nosotros. En realidad uno de aquellos Indios nos havia regalado un pedazo de manta de algodón de hilado, y texido grueso, que no podia haver venido de los Christianos Californios; y lo huvieran confesado, como afirmaron, que los cuchillos llamados velduques por via de permutacion venian del Sur. Entre las plumas, que nos dieron, dos fuertes havia, cuyos pajaros no se vén en lo conocido de California; unas mui coloradas, y otras blancas, casi à modo de las de los abestruces. Las aves de las coloradas dezian, que se crian à no mucha distancia al Norte; pero que las blancas se trahian de las Islas de aquella Region: puede ser, que sean las de la Canal de Santa Barbara, que segun algunos escriben, son pobladas.

Los informes concordavan con los que dieron, assi el que se havia cogido, como otro de la misma Rancheria. Sirviéonos de gran sentimiento no poder lograr tan buena ocasion, para subir al Norte por razon de los enfermos, que cada dia se aumentavan, y algunos en realidad se agravaron de modo, que se temia de sus vidas.

El dia diez, y siete bolvieron los Nuestrros à hazer mas provision de la marisma, de que esta playa se experimentó mui abundante. Hai tambien por alli nutrias, que otros por la suavidad del pelo llaman castores marinos: solamente se hallan en el Oceano: empieza à haverlas desde una ensenada grande, que se vé en frente de la Isla de Cerros, ò la de la Santissima Trinidad. Se puede discurrir, que como las hai por todo el tramo hasta la presente playa, se hallan tambien mas adelante, especialmente, si hai escollos, ò Islas pequeñas, que suelen ser ordinariamente su morada. El puesto, en que asentamos nuestro Real desta dos leguas de esta playa, y se llama

Kalvalaga : está casi en treinta grados ázia el Sudués-
te : se vé una Isla alta no mui grande , y parece ser
la que nombran los navegantes de Philipinas de Gua-
dalupe. Desde aqui no pude hazer la diligencia de re-
conocerla , y demarcarla por la precision , en que me
hallava , de no ausentarme , por lo que podia ofrecer-
se , ò con los Gentiles , ò con los enfermos ; mas à la
buelta la ví desde un cerro , y noté , que quedava al
Norveste , si es la que llaman Guadalupe , no está tan
remota de la tierra , como la demarca un Mapa , que se
figió en la demarcacion de la contracosta , ò costa
del Oceano , quando se hizo el de California. Si à
mas de aquella en la misma altura , no hai otra se-
mejante mas cercana à la tierra , es sin duda la de
Guadalupe ; porque los moradores de aquel parage
cuentan las maniobras del Navio , que vieron en es-
tos mares. Concuerdan los derroteros de las tres Is-
las , de que la Nao suele , ò deve reconocer siempre
alguna , despues que cogió las señas , y cruzó el Ca-
bo Mendozino ; la una es la de Guadalupe , que está
en medio entre la de Cenizas , y la de la Santissima
Trinidad , ò de los Cerros. Como aqui son frequen-
tes , y mui espessas las nieblas , puede ser , que quan-
do se demarcó la Isla , no se havia aun visto la tierra
de Californias , ò haya parecido mas distante. Con
los Gentiles no huyo mas novedad , y assi por la tar-
de tomamos la buelta por el mismo camino , que ha-
viamos hecho.

El dia diez , y ocho llegamos à la Zienega , y
el diez , y nueve , y veinte caminamos sin ofrecerse
cosa digna de referirse. El veinte , y uno se despachó
buena porcion de gente , para que en el desem-
boque del arroyo , cuyo registro se reservó para la
buelta , abriessen , ò allanassen los malos passos. El
veinte , y dos bolvieron algunos de los que se adelan-
taron el antecedente con el aviso , que era impossi-
ble la pretendida composicion del camino por el de-
sembo-

semboque , assegurado , que solamente con mayor
numero de gente , y gran parte del año se podia con-
seguir ; mas que del lado del Norte se havia descubier-
to modo , como abriendo en las partes mas asperas
alguna senda , y facilitandola en otras , podia penetrar-
se : con esta noticia el Cabo de la expedicion fué à
verlo , y à dirigir la gente en su trabajo. Hallamos
unos Gentiles amigos de varias Rancherías , y entre
ellos la novedad , que corria de nosotros , y la havia
fingido uno de Kamaipa , ò Kaiavangua , que era la
de una batalla de dia , y medio , que havian tenido
con nosotros ; que nos haviamos defendido con gran
valor ; mas que logrado el lance de matar al Padre ,
con su muerte facilmente derrotaron la demás gente.
Y para que nada faltára à su fantástica barbara valen-
tía , añadian , que havian tambien acabado con todas
las cavallerías. El valeroso Campeon , que fingió , y
cantó la Victoria tan à su gusto , no devia haver visto ,
ni sabido cosa de los Soldados , ni percibido el estre-
pitoso disparo de la escopeta , que basta para ahuyen-
tar à estos timidos cobardes Barbaros. Los Gentiles ,
que ya nos havian visto , facilmente se desengañaron.
Este cuento , que havian creído enteramente los In-
dios , que encontravamos , fué ocasion de una perene ,
y copiosa muchedumbre de conversaciones , y de
preguntas , que nos hizieron.

CAPITULO XI.

CONCLUTE EL DIARIO DEL PADRE

Fernando Consag.

EL dia veinte , y tres por ser la tierra , en que esta-
vamos de Gentiles ya amansados , y amigos , se
despacharon para San Ignacio Mission Frontera vein-
te enfermos entre los que quisieron bolverse , y otros ,
que